

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL

AÑO III
NUM 101

40 Cents.

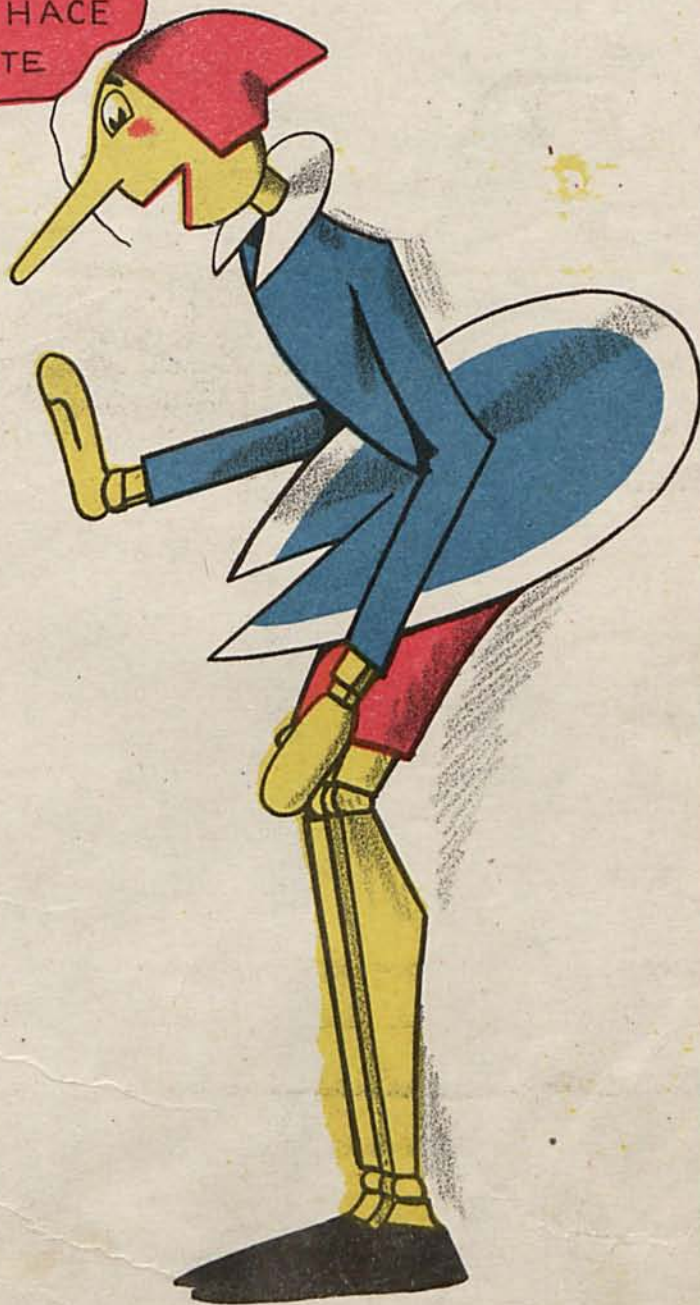
HERNANDEZ
MUNICIPAL
23 ENERO
1927

¿CUANTOS AÑOS TIENES, CURRINCHE?

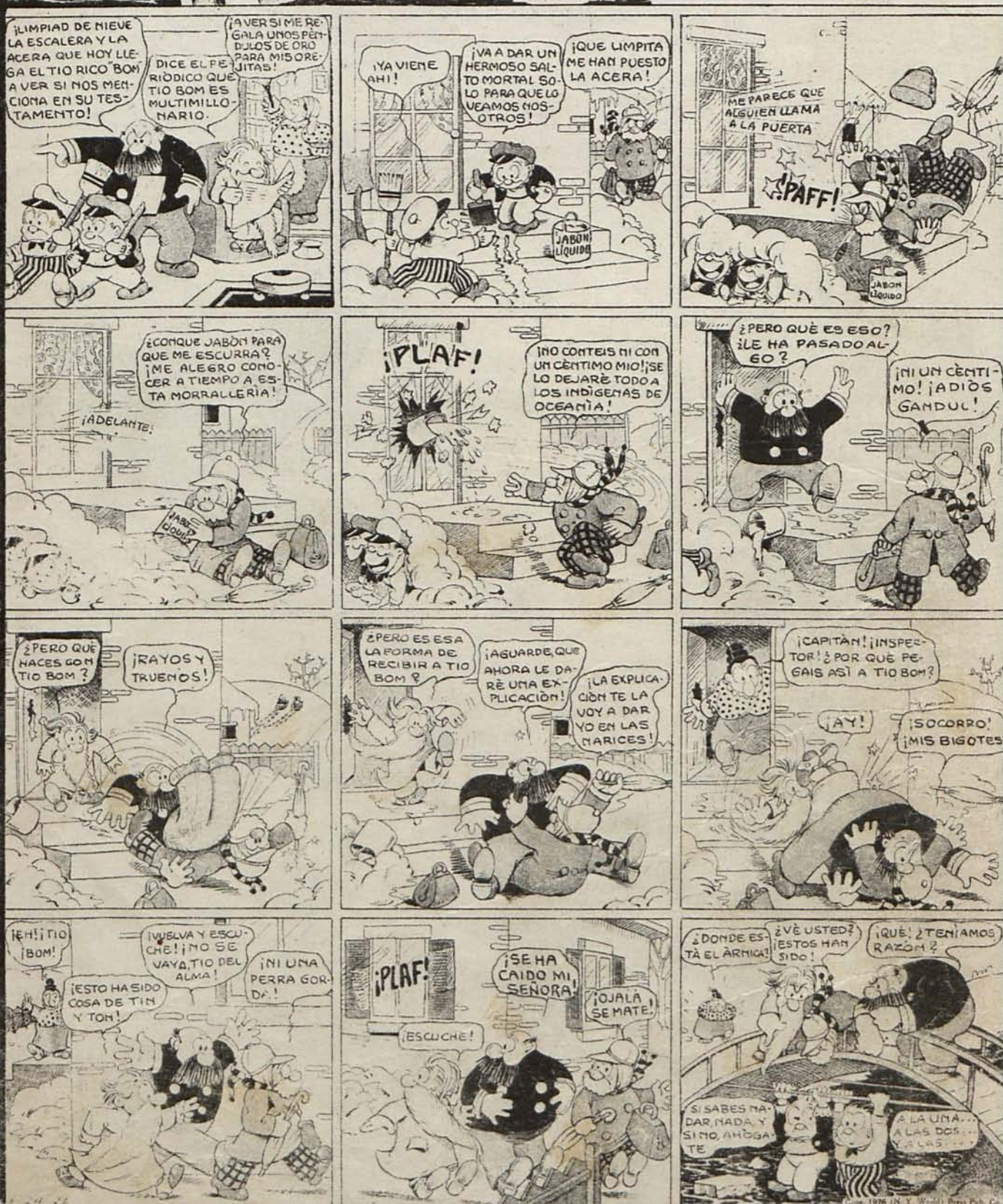
OCHO

¿COMO OCHO, SI HACE
DOS AÑOS ME DIJISTE
LO MISMO?

ES QUE YO NO SOY
DE ESOS QUE HOY
DICEN UNA COSA Y
MAÑANA OTRA



El Capitán Corretón y sus Chicos Tin y Ton



PROGRAMA
PARA HOY

LA
MONTAÑA
DE
FUEGO

Sensacional

GRAN CINE



Un mensaje interrumpido.

Moria la tarde y sobre los mares del Sur del Pacífico se extendía un crepúsculo de apagados colores. El destructor inglés *Hurricane* navegaba a una velocidad de veinticinco nudos con rumbo al Oeste. Colin Wood, el oficial que lo mandaba, iba en el puente, y desde mediodía hasta entonces, al caer de la tarde, no había visto ningún barco, y ahora sus ojos perspicaces distinguían un objeto moviéndose a bastante distancia. Colin Wood enfocó hacia él los gemelos; era un pequeño bote que llevaba una sola vela y que navegaba empujado por el viento del Oeste. A juzgar por el aspecto, el bote iba vacío y el capitán ordenó al timonel que desviase lentamente de su curso al buque, y después llamó a Mr. Spring.

Respondiendo a la llamada, presentóse ante Colin un guardia marina elegante y bien parecido.

—Spring, quiero que vayas con un bote al encuentro de esa embarcación que parece abandonada y me comuniques el resultado.

—Está bien, mi capitán —respondió Tony Spring saludando marcialmente y apresurándose a cumplir las órdenes del capitán. Enseguida pararon las máquinas del *Hurricane* y del destructor salió un bote grande con Spring y unos cuantos marineros hacia el bote que parecía perdido. Llegaron al costado de él y mientras lo ataban al bote, Tony Spring pasó al velero. Una vez dentro de él, vio que la embarcación no iba vacía; pues en el fondo, y cubierto por una lona, yacía un hombre que no parecía dar señales de vida. Inclínose sobre él el guardia marina y vio que no estaba muerto, pero sí en un estado tal de desfallecimiento, que requería muchos cuidados para hacerle volver en sí. Como Spring era un muchacho muy avisado, en seguida dedujo por el aspecto del barco la suerte que había corrido. Las velas oscuras estaban todas rasgadas como de haber sido atravesadas por instrumentos cortantes, y tirada en el fondo de la embarcación había una lanza corta.

—Este joven no cabe duda que ha sido atacado por salvajes —se dijo—, y probablemente habrá salido huyendo de alguna isla. Tiene una herida en un hombro que me figuro será la causa de su desvanecimiento.

Bajó la vela y ordenó a la tripulación del bote que llevase el barco a remolque; hicieronlo así, y el desconocido naufrago fue trasladado al *Hurricane*, en donde le recibieron Colin y el médico de a bordo. Este lo sometió a un minucioso reconocimiento, notando que el herido traía en una mano un pedazo de papel arrugado. Quitóselo el doctor y lo desdobló; el papel tenía escritas unas palabras... Estas palabras eran el principio de un mensaje urgente que había quedado sin terminar debido al colapso del que lo escribía, y que decía así:

«Estoy medio muerto. Si alguien me encuentra a mí o al bote, envíen socorro inmediatamente a ...»

El mensaje quedaba interrumpido aquí. Un momento más que hubiera permanecido con conocimiento el que lo escribió, habría podido escribir el sitio a donde había que enviar socorro. Pero el colapso le había interrumpido en el momento crítico.

—Nada se saca en consecuencia de esto —dijo el médico del barco pasándole a Colin el papel—. Indudablemente se trata de un caso de urgencia; pero el pobre hombre no ha tenido fuerzas para terminar de escribirlo. Le llevaremos a la enfermería a ver lo que podemos hacer con él.

Después que el herido fué trasladado, Tony Spring enseñó a Colin Wood la lanza corta que habían encontrado en el fondo de la barca y le dió su opinión sobre la presencia del arma allí.

—Creo que ha dado usted en el clavo —asintió Colin—. Este muchacho ha tenido algún motivo urgente para huir de alguna de las islas. Seguramente los indígenas intentarían detenerlo y, a pesar de todo, él ha conseguido escapar. Ahora nos hace falta saber de qué isla ha escapado y cuánto tiempo ha pasado desde entonces.

—Si el doctor consigue hacerlo volver en sí, no tardaremos en saber lo ocurrido —repuso el guardia marina.

—Es que me temo que no esté en condiciones de hablar hasta dentro de varias horas, y unas horas pueden suponer mucho si es que alguien se halla en peligro de muerte. —Colin Wood se quedó pensativo durante algunos minutos, y después añadió—: Baja tú a la enfermería, Spring, y pregunta al doctor si puede darnos una idea aproximada del tiempo que lleva el herido sin conocimiento.

Mientras Tony Spring bajaba, Colin fue a consultar las cartas y la barquilla, y estaba todavía en ésto cuando Spring volvió.

—Dice el doctor que por el estado del herido calcula que debe llevar así lo menos doce horas.

—Este dato nos puede ayudar mucho, porque juzgando por la clase de viento que ha reinado durante estas últimas doce horas, deduzco que la embarcación, que ha tenido que ir empujada por el viento, debe de haber venido en línea recta desde el Oeste hasta aquí, y en esa dirección se halla la isla de Keleni, pues no creo que el barcucho ese haya podido recorrer en doce horas una distancia mayor que esa. Por lo tanto, tomaremos rumbo hacia allá.

Y el *Hurricane* empezó a navegar rápidamente en dirección a Keleni, que se hallaba a veinte millas de distancia.

Juzgando que sería más prudente que los habitantes de la isla no se apercibiesen de la llegada del barco, Colin mandó apagar las luces de cubierta algunas millas antes de llegar a Keleni. Sin embargo, cuando estaban a un cuarto de milla, dió orden de que enfocasen los reflectores hacia la isla, iluminándola todo lo más posible.

Era Keleni una isla volcánica, y detrás de los bosques que la bordeaban se erguía la falda rugosa e imponente de un volcán extinguido, que era lo que en realidad formaba la isla.

Empujados por los brazos fuertes de los marineros, dirigieron los botes a la playa, y de este modo el capitán pronto tuvo casi todos sus hombres en tierra.

—Esta isla es muy pequeña y los negros no tienen dónde ocultarse —observó Colin mientras subía por la falda del volcán.



Pero, como pudo comprobar cuando estuvo más arriba, se engañaba, porque por los lados escarpados del cráter había infinidad de cuevas que de lejos quedaban ocultas por enormes peñones de que todo el terreno estaba sembrado; así pues, era imposible calcular el número de cuevas. El capitán ordenó a los marineros que se detuvieran. Suponía que los hombres que buscaba se hallarían ocultos en una de aquellas hendeduras del terreno, y que antes de encontrarlos sería necesario ir registrándolas una por una. Pensar en hacer señal al *Hurricane* para que disparase cañonazos sobre la isla era una locura porque de este modo podrían herir a los blancos que iban a rescatar. El capitán estaba perplejo y estuvo un rato reflexionando hasta que concibió un plan para llevar a cabo, el cual fué hacia un pináculo de roca que sobresalía en uno de los lados del volcán. Puesto en aquella cima, a la que llegó trabajosamente, miró para el mar. Los reflectores envolvían la isla en sus rayos de luz y Colin sacó del bolsillo la linterna eléctrica y empezó a hacer señales frente al barco; del palo mayor de éste llegó hasta él una luz oscilante que contestaba a sus señales. Entonces Colin, valiéndose de la linterna, transmitió un mensaje, al que recibió contestación en seguida. Satisfecho de la solución que se le había ocurrido, guardóse la lámpara y descendió a la playa.

A los veinte minutos de estar abajo, llegaron dos marineros que venían del *Hurricane*. Uno de ellos llevaba una caja de metal que tenía sesenta centímetros de largo, treinta de ancho y treinta de fondo; el otro llevaba un rollo grande de cuerda y un paquete pequeño.

—Tú, Spring, te quedarás aquí con la partida y estarás pronto para coger al enemigo en el momento que se deje ver. Pero ten cuidado de no hacer más daño que el necesario; y si mi plan tiene éxito y salen los negros de las cuevas, llévalos al otro lado de la isla.

Y dicho esto, Colin echó a andar, haciendo señal a los dos hombres que habían venido del *Hurricane* de que le siguieran. El capitán subió por la montaña algunos metros, yendo siempre hacia la izquierda para evitar la parte escarpada donde estaban las cuevas. De este modo llegó por fin a la cumbre del volcán, que no tenía más que doscientos metros de altura sobre el nivel del mar en la parte más alta. Detúvose al mismo borde del cráter y contempló su profundidad. El antiguo volcán estaba ahora completamente apagado, pues habían pasado muchos años desde la última erupción y había pocas probabilidades de que volviera nunca a arrojar más lava. Colin enfocó la lámpara hacia el interior y a diez metros más abajo del borde percibió un saliente de la pared; entonces cogió la caja, la ató con una cuerda, abrió el paquete, que resultó ser un trozo de cuerda blanca de unos cuatro metros de largo, ató un extremo de ésta a otro extremo que salía por un agujero de la caja. Luego encendió una cerilla y la aplicó a la cuerda; la cuerda, que era una mecha, empezó a chisporrotear. En seguida bajó la caja por el cráter, valiéndose de la

cuerda, hasta colocarla sobre el saliente, que estaba a diez metros de la boca.

Cuando se hubo convencido que la mecha seguía ardiendo bien, se volvió a sus marineros y les dijo:

—Vamos a reunirnos con los otros lo más a prisa que podamos. Si este ardid tiene éxito, presenciaremos una comedia gratis.

Y los tres bajaron corriendo por la montaña.

No había pasado un minuto cuando de las profundidades del cráter salió una horrisona explosión, al mismo tiempo que el volcán vomitaba pirámides de llamas que fueron seguidas de columnas de humo denso. El efecto era tan real, que parecía que el volcán despertaba otra vez a la vida. A la explosión siguió una gritería espantosa de los salvajes, que salieron corriendo de una de las cuevas que cubrían la falda de la montaña. Los salvajes miraban todos para arriba, y al ver el humo y el fuego salir del cráter, huyeron aterrorizados ante lo que ellos creían ser el demonio de las montañas de fuego. Los aterrorizados indígenas fueron abordados por el *Hurricane*; pero los negros no estaban de humor de ponerse a pelear, y esquivando a los blancos, corrieron enloquecidos hacia el mar. Sin prestarles más atención, los marineros fueron cor-

riendo a la cueva de donde habían salido los indígenas, y allí encontraron a los blancos atados, pero ilesos.

Estos, tan pronto como se hubieron recobrado del susto y de la sorpresa de su inesperada libertad, explicaron cómo habían venido a parar a aquella isla. Todos ellos pertenecían a un barco de vela que se había ido a pi-

que hacia dos días; la tripulación había huido del barco en el único bote salvavidas que llevaban, desembarcando en la isla de Keleni ignorantes de que aquella isla estaba poblada de una tribu de salvajes fantásticos que celebraban ritos bárbaros. Después de caer en manos de ellos, uno de los de la tripulación logró escaparse en el bote con la esperanza de ir a pedir socorro para los demás.

—Se halla a salvo —dijo Colin—, porque lo hemos recogido nosotros, y gracias a él hemos venido a salvarles a ustedes.

—Y le estaremos agradecidos eternamente; pero dudo que nos hubiera encontrado usted a no ser por la suerte de que el volcán se haya puesto otra vez en erupción; por cierto que parece que la erupción se está acabando —dijo mirando a la débil columna de humo que ascendía aún del cráter.

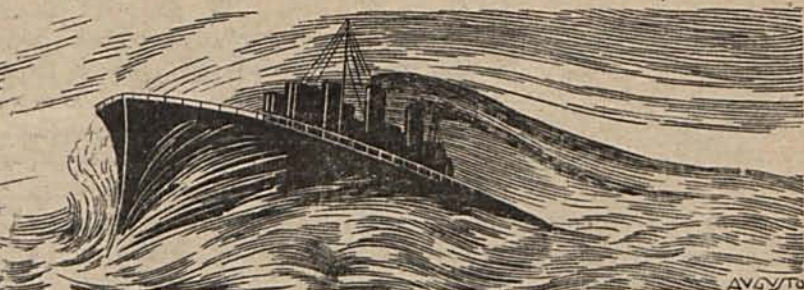
Colin les explicó la causa de la erupción con una sonrisa.

—No ha sido, precisamente, una erupción, sino una especie de fuegos artificiales. Para este ardid se necesitaba mucho ruido y mucho humo, y ambas cosas las obtuve metiendo en el cráter unas bombas puestas en una caja de lata especial que empleamos nosotros para levantar cortinas de humo. Y ahora démonos prisa a volver al *Hurricane* antes de que estos isleños se den cuenta de que les hemos engañado.

¡¡HA TERMINADO!!

EL CRUCERO SIN NOMBRE

POR A. M. GIANELLA



(Continuación.)



—D...s, pues, un cambio lo que me proponéis.
—Precisamente.
—Pues bien, acepto.
—Bravo.
—Comenzad; os escucho.
Mop se sonrió con satisfacción y dijo:
—Sois el capitán Jaime Davy, de cuarenta años, de Liverpool, antiguo empleado de la desaparecida Casa Lobster, capitán de armamento desde el día que condenaron a Mr. Alberto Wendover hasta el de la muerte de Mr. Cyrus Lobster, del cual, finalmente, comprásteis los negocios, transformando la Casa Lobster en Compañía comercial de navegación «Davy». ¿Es todo esto exacto?

—Exactísimo.
—En tal caso continúa.
—Sí.
—Suponed, querido capitán, que ignoro el origen de los medios que os permitieron llevar a cabo tan buen negocio.
—¿Qué queréis decir?...
—Nada, nada; no me interrumpáis, os lo ruego. Esto supuesto, excuso hablaros del período en que vuestra fortuna era próspera para detenerme en las circunstancias extraordinarias que han causado vuestra ruina.
—¿Cómo! ¿Sabéis?...
—Todo, os lo he dicho, como sabía todo el señor...
—Terminad.
—El señor Rydhall, por ejemplo.

Al oír tal nombre, que le recordaba al anciano por quien había conocido su trágica e inexplicable desgracia, el capitán Davy ahogó un grito y miró con ansia más viva a su interlocutor.

Mop observó con visible complacencia el efecto de sus palabras y prosiguió.

—Las extraordinarias circunstancias que determinaron vuestra quiebra fueron las siguientes: dos de vuestras mejores naves, la *Miss Ellen* y la *Reina Victoria*, habían sido hundidas, no lejos de la costa de Nueva Guinea, por un misterioso barco de guerra...

El capitán Davy cogió por un brazo al ex ladrón.
—Amigo —dijo de modo apenas inteligible—, ¿cómo es que tenéis conocimiento de tales sucesos?

—Es bien sencillo.
—Explicaos.
—Estaba presente.
—¡Vos!... ¿Y habéis visto al misterioso buque hundir mis dos veleros?
—Lo he visto.
—¿Estaba alguien en vuestra compañía?
—Una persona.
—¿Podéis nombrarla?
—Sí.
—¿Quién era?
—Alberto Wendover.

El capitán Davy vaciló y se cogió la cabeza con las manos, cual si temiese perderla.

Mop sonreía siempre con aire satisfecho. Patrick, que no comprendía palabra de lo que ocurría, había dejado de comer y escuchaba en silencio.

—¿Sabrías describirme el barco que echó mis naves a pique? —preguntó entonces el desgraciado, levantando de nuevo la cabeza con un ansia terrible dibujada en el rostro.
—Sí, ya lo creo —respondió Mop—; pero antes de hacerle deseo que cumpláis vuestra promesa.
—¿De contaros la última de mis desventuras?
—Eso es.
—¿Y después me describiréis el barco?
—Mejor que un pintor.
—¿Y me diréis a quién pertenece?
—Sí... a menos que algún otro lo tome a su cargo.
—Escuchad.

El desdichado permaneció algunos instantes en silencio, como para recoger sus ideas; luego continuó:

—Tenéis un conocimiento suficiente del corazón y del orgullo humanos para saber que se siente una invencible repugnancia a permanecer en un lugar en que se tuvo una posición envidiable, desde el momento que la adversa fortuna le abate. Desde que me vi arruinado y obligado a de-

clararme en quiebra, no quise permanecer en Liverpool, si bien, conocidas mi honradez e inteligencia, no faltaría quien se hubiese apresurado a ofrecerme un empleo. Abandoné, por tanto, Liverpool e Inglaterra sobre un velero adquirido con los últimos residuos de mi fortuna, y me hice a la mar con dirección a Australia. Me atraía el Océano Pacífico; por otra parte, en el continente australiano tenía algunos antiguos correspondientes, con los cuales tenía aún que saldar algunos fletes. Iban en mi compañía los únicos seres verdaderamente afectos que me quedaban: mi esposa, mi hija, este buenísimo de Patrick, el mejor marinero del Reino Unido, y *Black*, el alano de miss Ellen. Infeliz de mí, el destino no había terminado aún de perseguirnos. El viaje comenzó con malos presagios. A la altura del Cabo Finisterre perdimos un marinero arrebatado por un golpe de mar, y durante algunos días una ave marina siguió al barco con extraña insistencia, posándose con frecuencia en los mástiles y lanzando lastimeros quejidos. Mi mujer y mi hija se impresionaron tanto que un día, para vernos libres de tal pesadilla, maté de un tiro al triste pájaro de las tempestades. Seguramente hice mal. El pobre animal cayó al agua graznando, así como si pidiese socorro; luego desapareció; pero el eco de su voz quejumbrosa me quedó aquí y no se ha vuelto a marchar. Lo oigo aún.

El capitán Davy cayó mientras se pasaba el dorso de la mano derecha por los ojos llenos de lágrimas; luego continuó con acento febril.

—El viaje fué largo, alternando la confortante calma con la pavorosa tempestad. Desde un principio me había dado cuenta de que no íbamos muy seguros en nuestro barco, y una viva inquietud me penetró en el ánimo. A pesar de ello, llegamos en bastante buenas condiciones a Port-Jack de Sidney, de Nueva Gales del Sur, y aun a tomar una prudente carga para las islas Hawai. Cierta presentimiento me sugirió la idea de dejar en tierra las dos mujeres; pero ellas se negaron en absoluto a separarse de mí. ¡Fatalidad! Quince días después de nuestra salida de Sidney nos acometió un tremendo huracán, que después de haber destrozado la arboladura del velero, abrió bajo la línea de flotación una vía de agua que, dada la vetustez del barco, se fué agrandando pavorosamente. La nave comenzó a hundirse; mis marineros, alarmados por lo inminente del peligro, perdieron la cabeza, no atendiendo mis órdenes, y con brutal egoísmo se lanzaron a los botes y se largaron. Ignoro cuál haya sido su suerte; Dios quiera que se hayan salvado. En cuanto a nosotros, nos veíamos abandonados...; es decir, un joven de corazón quiso participar de nuestra suerte: este valiente Patrick que me escucha, intentando, en vano, protestar. El ha sido nuestra providencia. Aprovechando una improvisada tardanza en el hundimiento del velero, se aventuró con mi ayuda a construir la balsa sobre la cual hemos sido encontrados después de tantos días de sufrimiento y ansiedad inenarrables.

El capitán Davy, sofocado por la emoción del recuerdo, calló, ocultando su pálida cara entre las manos.

—¿Y vuestra esposa? —preguntó Mop, con voz alterada.
—La señora Davy —respondió Patrick conmovido— murió hace ya bastantes días.

—¡Ah!
Mop púsose en pie agitado, y comenzó a pasear murmurando.

—¡Cáspita! —dijo de pronto—. Esto sobrepasa las intenciones del comandante. ¿Qué irá a suceder ahora?

En aquel instante un hombre apareció en la puerta. El capitán Davy levantó la cabeza para mirar y un grito terrible se le escapó, juntamente con un nombre:

—¡Alberto Wendover!



EL RELATO DE ALBERTO WENDOVER

El hombre a quien se había designado por tal nombre permaneció un momento inmóvil; luego se adelantó con paso firme y lento hasta el centro del camarote. Era el desconocido al cual Mop había dado poco antes el título de comandante; la careta que

(Continuará en el número próximo.)



HAICAR EL VISIR SABIO Y NADAN EL VISIR INGRATO

CUENTO DE LAS MIL Y UNA NOCHES

(Continuación.)

La prudente mujer fué a prevenir a Haicar del feliz cambio obrado en el corazón de Sinharib. El anciano se conmovió al saberlo. Ella le contó que había guardado secreto acerca del servicio que les había hecho Abusomaik, diciéndole:

—Tengan o no razón, los reyes quieren ser obedecidos, y Sinharib, aunque debe su reposo a la obediencia de este esclavo, no le perdonaría, tal vez, haber transgredido sus órdenes. Dejemos subsistir la idea de lo maravilloso sin apoyarla demasiado. El rey podrá, acaso, mirar vuestra salvación como un beneficio particular del dios Bel.

Haicar se dispuso a ir al encuentro de Sinharib. Los consuelos que él había encontrado en el corazón amante de Asfagni, los que le proporcionaban sus propias reflexiones, la seguridad que le había rodeado en el calabozo que le sirviera de morada, el uso de elixires, cuya virtud sostuvieron su cuerpo y su alma, todos estos socorros parecían haber rejuvenecido al anciano. Salió, por fin, de su retiro y se dirigió a presencia del monarca.

Sinharib se precipitó rápidamente en sus brazos; apenas podía moderar su alegría.

—¡Cálmate, príncipe! —le dijo Haicar—. Es necesario, para tus intereses, que mi existencia sea ignorada todavía. Yo sé en qué situación te encuentras con el rey de Egipto; me atribuiría todos los resortes que vamos a poner en juego, y, presumiendo demasiado bien acerca de tus recursos, emplearía contra ti me los más peligrosos. Si tu corte, si Nadán mismo se entera de que yo vivo, el enviado de Egipto lo sabrá. Tú debes, señor, no hacer sospechar a nadie el secreto que acabas de conocer. Por otra parte, ninguna inquietud debe de preocuparte acerca de las proposiciones de Faraón; ya he redactado yo en el silencio de mi retiro la respuesta que debes darle, y yo mismo seré quien, con un nombre fingido, cumpliré los compromisos que tú vas a contraer. Vélos aquí:

SINHARIB, REY DE ASIRIA, A FARAÓN, REY DE EGIPTO

Aquel que se admira de una maravilla,
no hará nunca nada sorprendente.

Tu carta, hermano mío, me ha llenado de admiración por la extensión y profundidad de conocimientos que ella anuncia y por el caso que haces de los hombres. Yo me honro en pensar, como tú, que la fuerza que los subyuga los envilece, y que ellos han nacido para ser dominados por la Ciencia y la Sabiduría. Muchos sabios de mi corte solicitan el honor de admirar de cerca tus luces y de ensayar sus débiles talentos en la explicación de las dificultades que tú has de proponer. Los arquitectos que deben edificar tu palacio están aquí; pero es necesario que reúnan obreros que puedan trabajar a sus órdenes, y esto requiere un plazo de tres meses. Comparto contigo la impaciencia que este retraso te puede causar; por tu parte no tienes que hacer otra cosa que encontrar gente que pueda suministrarles los materiales. Acepto, además, todas tus condiciones, y estoy pronto a dar o a recibir los rehenes, a menos que mi palabra no te baste, como yo confío enteramente en la tuya.

Sinharib se admiró extraordinariamente del contenido de esta carta.

—Yo concibo —dijo a Haicar— que tú puedas satisfacer a todas las preguntas que te haga Faraón. Pero suponiendo que tú seas el arquitecto de ese palacio aéreo, ¿en dónde podrás encontrar en tres meses obreros para trabajar a tus órdenes? Si no son los genios del aire...

—Mi esposa —replicó Haicar— ha emprendido la construcción de este bizarro edificio; ella pretende reducir a Faraón a la impotencia de llenar las condiciones a las que se compromete por la carta que le vas a enviar. Asfagni considera este palacio aéreo como un juego de niños que hay que destruir con una astucia de mujer; a ella le toca imaginarla. Ella me encargará de algunas órdenes para su ejecución. Tú vuélvete a palacio, señor, y despacha a los enviados de Egipto. Yo voy a encerrarme en la soledad, donde, bajo el nombre de Abicam, astrólogo caldeo y protegido de Asfagni, pretendo vivir ignorado de toda la tierra y ocuparme de tus asuntos. Si ocurre algún tropiezo, tú me lo podrás fácilmente comunicar. Pero tengo que darte un consejo: el enemigo que ha encontrado medio de perderme, lo es tanto tuyo como mío. Ponte en guardia; puedes hacerlo sin temor a ser criticado, pues las pretensiones del rey de Egipto te dan pretexto. Dobra tu guardia, toma la

mía, que me habías dejado por deferencia a la princesa, mi esposa. El jefe que la manda es incorruptible; todos los oficiales los ha escogido él. Dale tu confianza y pon esta barrera más entre ti y los designios de tu enemigo, sea quien fuere.

Haicar parecía presentir los proyectos de Nadán. Este ingrato ministro, apercibiéndose de que las frecuentes visitas del rey a su tía Asfagni debían necesariamente consumar su ruina, había formado el designio de corromper a la guardia de Sinharib, enviar su cabeza al rey de Egipto y suceder él mismo en el trono de Asiria como tributario de Faraón.

El rey le comunicó la carta que contaba enviar a Egipto. Nadán, aunque admirado de su contenido, no vió en ella más que un medio de ganar tiempo.

—¡Señor! —le dijo—. Tú sabes bien que no te hallas en condiciones de cumplir lo que en ella prometes, y, probablemente, tratas de aprovecharte de este plazo para preparar la guerra.

—Si —respondió Sinharib—. Yo emplearé todos los medios para ponerme en situación de seguir mi proyecto y mandar cincuenta mil carros de guerra; mas hay que esperar la partida de los enviados de Egipto para no infundirles desconfianzas. No obstante, a pesar de su presencia y sin dar motivo de sospecha, puedo retirar la guardia que está a servicio de la princesa Asfagni para avezarla a los ejercicios militares y ponerla en condiciones de seguirme en la campaña.

Nadán creyó adivinar entonces la razón de las gestiones del rey cerca de la viuda de Haicar y se tranquilizó algo. Sin esto, el aumento de la guardia de Sinharib y la nueva inclinación del rey a ocuparse por sí mismo de los asuntos, había añadido mucho a sus temores. Aplaudió las prudentes medidas de su soberano y prometió no descuidar nada para poner las fuerzas del reino en condiciones respetables.



Los enviados de Faraón partieron para Nínive con los despachos de Sinharib, y persuadidos por el rumor público de que ningún sabio de la corte se atrevería a interpretar los misterios que el monarca egipcio quería proponer.

Asfagni hizo salir del retiro de Haicar a todos los esclavos que lo conocían, exceptuando solamente al jardinero, hombre de toda confianza. A todos los reemplazó con otros para quienes su dueño era por completo extraño. Haicar se presentó al jardinero, ya prevenido, bajo el nombre de Abicam, astrólogo caldeo, a quien se debía permitir el uso de los aparatos de física que habían pertenecido al sabio visir. El se ocupó del proyecto de Asfagni de construcción del palacio aéreo.

Los cazadores de Haicar, por orden de su esposa, recorrieron los desiertos en los cuales acostumbraban a anidar los monstruosos pájaros rojos (1). Tenían encargo de apoderarse de dos polluelos que sólo tuvieran las primeras plumas y de traerlos al jardinero de la casa solitaria. Haicar, bajo el supuesto nombre de Abicam, debía de tener allí dos esclavos de unos once años, a quienes había que familiarizar con los pájaros hasta el punto que el instinto de las dos especies pudiera confundirse.

Una vez que se tuvieron los pájaros, Haicar encargó a los niños que no se apartasen de su lado ni de día ni de noche: comían y dormían juntos. Bien pronto se estableció entre ellos la más estrecha familiaridad, y como los rojos no podían elevarse más que con dificultad, seguían por todas partes a los niños, lo mismo que hubiesen podido ir detrás de su madre. Los niños montaban en la espalda de los pájaros, que los llevaban con gusto; les pusieron encima unas sillas pequeñas, sobre las cuales los caballeros infantiles se sostenían graciosamente sin peligro de caer, pues las habían atado previamente. Los pájaros dieron sus primeros vuelos en los jardines; Haicar los contenía por medio de una cuerda atada a sus patas. De esta forma los niños se fueron acostumbrando poco a poco, y ellos mismos tenían la cuerda que les servía de rienda.

(Continuará en el número próximo.)

(1) Pájaro fantástico, grande, que puede sostener pesos enormes.

EL AGUILA BLANCA

— POR EMILIO SALGARI —

(Conclusión.)

ENTONCES haré que mueras entre horribles tormentos.

—No tengo miedo; ya te lo he dicho.

—¡Te arrepentirás, *Aguila Blanca*!

El jefe, en vez de contestarle, le volvió la espalda, fingiendo volverse a dormir.

—¡Te arrepentirás! —repitió la mujer, saliendo de la tienda.

Transcurrieron unos días. El *Oso Negro* visitaba con frecuencia al prisionero, dándole de fumar, llevándole buenos bocados y golosinas y demostrándole una gran deferencia.

Tratábale como huésped y no como prisionero condenado a la más atroz de las muertes; no obstante, el *Aguila Blanca* no se hacía ilusiones ante aquellas demostraciones de amistad.

Sabía que el día del suplicio el *Oso Negro* se transformaría en un tigre sediento de sangre.

No faltaban más que tres semanas para la fiesta de las serpientes, cuando un día el *Aguila* vio entrar al jefe enemigo acompañado de una joven india de extraordinaria belleza.

Era una chiquilla de quince años, de cuerpo flexible, cabellera larguísima y negra, cual el ala del cuervo, dientes chiquititos, cual granos de arroz, y de una blancura deslumbradora.

Llevaba un espléndido manto de piel de zorro blanco y en las orejas grandes anillas de oro.

—Mi hija, el *Girasol de la pradera*, desea ver al famoso jefe de los iroqueses —dijo el *Oso Negro*—. ¿Permite mi hermano que tome asiento en su tienda?

—El *Aguila Blanca* aprecia la gentileza de su hermano el *Oso Negro* —contestó el jefe iroqués—. Tengo mucho gusto en ver a tu hija, de quien había oído hablar muchas veces alabando sus gracias. Y veo que no habían mentido los que me habían hablado de ella, y si algo me disgusta es haberla conocido demasiado tarde.

La joven india había bajado los ojos al oír al valeroso jefe hablar de tal modo, pero después los había alzado, dirigiéndole una larga mirada de agradecimiento.

El *Aguila Blanca* cambió pronto de conversación, hablando de las incesantes invasiones de los hombres blancos, de cacerías, de combates, de aventuras estrepitosas.

Sin embargo, no podía resistir, de cuando en cuando, al deseo de mirar al bello *Girasol de la pradera*, reprimiendo con trabajo un suspiro.

Quizá sentía la triste suerte que le esperaba.

Desde aquel día el *Girasol de la pradera* no dejó nunca de acompañar a su padre en las visitas que hacía al prisionero.

Cuando el *Oso Negro* estaba ocupado por algún asunto urgente o por alguna cacería de bisontes, vagaba en torno de la tienda, buscando siempre un pretexto para entrar.

Si el *Aguila Blanca* se asomaba, podía estar seguro de verla sentada a corta distancia, ocupada en tejer uno de aquellos maravillosos mantos de pelo de carnero que exigen dos años de trabajo para terminarlos.

El valiente guerrero se había dado cuenta de que el *Girasol* le amaba, y sabía que también él amaba a la hermosa india.

No obstante, se guardaba bien de manifestarlo por miedo de la mujer que le había hecho traición y que podía inducir a su esposo a adelantar el día del suplicio.

Desde aquella noche no la había vuelto a ver; pero su instinto le decía que la pérdida no le perdía de vista y, por lo mismo, desconfiaba.

Por fin, llegó el día fatal.

Toda la gente de la aldea habíase preparado para la gran fiesta que debía terminar con la muerte del valeroso guerrero.

Los más valientes campeones habían preparado ya los colores para la danza de las serpientes, pintándose brazos y piernas a rayas negras y amarillas para asemejarse a los reptiles del bosque.

El *Oso Negro* habíase pintado de amarillo, colgándose al cuello un collar de pieles de serpientes y esquilonas, y el brujo de la tribu, personaje importantísimo, se había disfrazado de castor para representar la bestia salvaje perseguida por los reptiles venenosos.

El *Aguila*, después de una abundante comida, había sido conducido en medio del campamento, donde se alzaba un poste destinado a mantenerle sujeto con ataduras durante el tormento.

Delante habían encendido una gigantesca hoguera para enrojecer los cuchillos y los hierros que tenían que servir para atormentarle.

Apenas salió de la tienda encontráronse sus ojos con los de la mujer que le había traicionado, y las miradas estaban impregnadas de odio.

—No le tengas lástima —había susurrado la mujer al *Oso Negro*—. Ha dado muerte a muchos de tus guerreros, y he sido yo que lo he entregado en tus manos.

—La muerte le espera —contestó el jefe.

—Procura alargarle la vida para hacerle sufrir más.

—No morirá antes del anochecer.

—Esto te dará gloria entre las otras tribus —insistió la pérdida mujer.

—Ya lo sé.

La fiesta había empezado. El *Aguila Blanca*, desde su puesto, trató, en vano, de encontrar entre la multitud que le rodeaba el lindo rostro del *Girasol de la pradera*.

¿Habíase escondido para no presenciar el martirio o se había metido entre la multitud de sus enemigos para no salvarle en aquel supremo momento?

La ausencia de la linda chiquilla entristecía verdaderamente al desventurado indio. Si hubiese podido contemplar una vez más aquellos ojos dulces y profundos, la muerte le hubiese parecido más dulce.

—Todos me abandonan —dijo—. Sólo me resta demostrar a mis enemigos cómo sé morir.

Dejóse atar al fatal poste, fingiendo interesarse en la danza de sus adversarios.





En torno a él, mujeres, viejos y chiquillos habían formado amplio semicírculo, dentro del cual entraron doce de los más famosos guerreros, pintados de serpientes, seguidos del *Oso Negro*. Dos músicos, provistos de tambores, empezaron a tocar, produciendo sonidos sordos y monótonos que poco a poco se aceleraban.

Las trece serpientes se pusieron a hacer piruetas en torno del poste, agitando furiosamente las hachas.

Ora se lanzaban contra el prisionero, prorrumpiendo en alaridos espantosos y haciendo voltear las centelleantes armas en derredor de su cabeza; ora retirábanse vivamente dando saltos, capaces de causar la envidia a los más ágiles carneros monteses; ora poníanse a dar vueltas en torno de él, ensordeciéndole con sus insultos.

—Nos comeremos el corazón del jefe de los iroqueses —aullaban—. Su cabellera adornará la tienda de la medicina y de sus huesos fabricaremos pífanos de guerra. ¡El *Aguila Blanca* tiembla! ¡La muerte se le acerca!

El valiente guerrero ni siquiera se dignaba mirarlos, y había empezado a entonar su canto de guerra.

—Soy el *Aguila Blanca*, hijo del *Aguila Negra* y nieto del *Aguila Roja*. Que se acerquen mis enemigos, y todavía los exterminaré. He visto ponerse pálidos a los hombres del *Oso Negro*, a los de la *Flecha veloz* y a los del *Antilope Rojo*, y ninguno de ellos ha visto cómo perdía el color.

Los guerreros algoncinos, oyendo tan fieras palabras, redoblaban en su furor y volvían a la carga más amenazadores, agitando furiosamente las hachas.

Hasta las mujeres, los viejos y los chiquillos parecían incapaces de contenerse, y el *Aguila Blanca* seguía impassible.

—Mi alma es fuerte como la del feroz oso gris de las montañas Rocosas, y no temblaré cuando el fuego me muerda la carne y el hierro me arranque el corazón. Cobardes; ¿creéis que el *Aguila Blanca* tiene miedo? ¡No, no tiene miedo!

Mientras el jefe iroqués seguía cantando su canto de guerra, había llegado el brujo de la tribu disfrazado de castor.

Después de haber tratado de espantar las serpientes, habíase acercado al *Aguila Blanca*, y con una pluma impregnada de una mezcla de pintura roja y amarilla, le había marcado sobre el desnudo pecho dos círculos.

—Las flechas de los algoncinos se clavarán aquí —le había dicho.

—Cuando sus puntas se claven en mi pecho, mi carne no experimentará temblor alguno —había contestado fieramente el jefe iroqués.

El brujo le trazó en torno de la cabeza una línea diciendo:

—El cuchillo que te arrancará la cabellera cortará la piel siguiendo esta línea.

—Y yo miraré serenamente a aquel que quiera privarme de la cabellera y le escupiré en la cara —replicó el *Aguila*.

Habíase hecho un silencio profundo. Mujeres, viejos, guerreros, chiquillos, y hasta los tambores se habían callado.

El *Oso Negro* se había plantado frente al *Aguila Blanca*, llevando en las manos un arco y un manojo de flechas.

—Prepárate a morir —le dijo.

—Estoy pronto a comparecer ante el Gran Espíritu —contestó el *Aguila* mirándole fieramente—. Las cabelleras que he arrancado a tus guerreros vuelan ya hacia el cielo.

—Yo tendré la tuya.

—Tómala.

El *Oso Negro* había dado unos cuantos pasos hacia atrás, colocando la flecha en el arco, y se preparaba a lanzarla contra el pecho del *Aguila*, cuando, de repente, una muchacha, abriéndose impetuosamente paso entre la multitud, precipitóse sobre el poste, abrazándose al prisionero. Un grito de estupor se escapó de todos los labios:

—El *Girasol de las praderas*...

Aquella chiquilla era la hija del jefe, la hija del *Oso Negro*.

Este había quedado tan sorprendido, que el arco y las flechas le cayeron de las manos.

—¿Qué pretendes, hija mía? —gritó, por fin, cogiendo el hacha de su cintura y levantándola amenazadoramente.

—Salvar al más intrépido de los guerreros cobrizos, a quien amo —contestó la muchacha, sirviendo su propio cuerpo de escudo al *Aguila Blanca*.

—¡Quitate que le voy a matar!

—Pues bien, padre mío, me matarás a mí junto a él.

Una voz murmuró al oído del jefe:

—¡Mátalos a los dos!

Aquellas palabras fueron pronunciadas por la pérfida mujer que traicionó al *Aguila*.

El *Oso Negro* vaciló un momento. Quería demasiado al *Girasol de la pradera* para sacrificarla, y había tenido ocasión de admirar el valor y la nobleza de ánimo del *Aguila*.

De repente arrojó el hacha lejos de sí, y volviéndose hacia la tribu, preguntó:

—¿Debo matarlos?

—¡Perdónalos! —gritaron todos.

El *Oso Negro* acercóse al poste, cortó las cuerdas con que estaba atado el *Aguila* y le tendió la mano diciéndole:

—Demasiada sangre ha corrido entre los hombres cobrizos para que aún veríamos la tuya, cuando debíamos haber vivido como

hermanos y unidos contra el enemigo común: el hombre blanco. Nosotros acabaremos con la guerra y nuestras tribus vivirán en paz. *Aguila Blanca*, eres libre y te concedo la mano de mi hija para cimentar mejor nuestra alianza. ¿Aceptas?

El *Oso Negro* es generoso —replicó el jefe de los iroqueses—. Acepto tu hija, a quien amo, y la alianza que me ofreces; pero con una condición.

—Habla.

—¿Quién es la mujer que después de haberme traicionado ha tratado de traicionarte, ofreciéndome la libertad para que huyéramos juntos?

—Mi segunda esposa.

—Echala del campamento.

—Con mucho gusto —contestó el indio con terrible sonrisa—. Era mi genio malo.

Al día siguiente el *Aguila Blanca* y el gentil *Girasol de la pradera* se unían en matrimonio: enterraron el hacha de guerra, como pacto de alianza entre las dos tribus, y la mujer pérfida fué echada del campamento con la orden de no volver más, bajo pena de perder la cabellera.



FIN



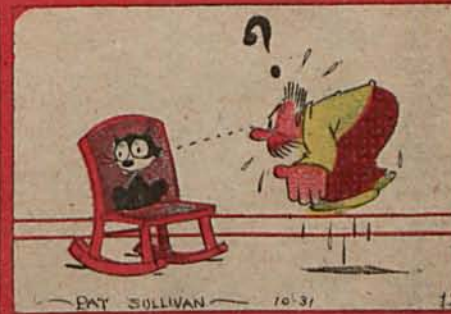


DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO





DACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIEZO.



LAURA, LA COTORRA INDISCRETA



¡TEMLAD!
¡HUID DE
LOS CUATRO
TERRORS!

¡JA, JA, JA! ¡HEMOS
PUESTO EN CONMO-
CIÓN A TODA LA POLI-
CIA CON EL CARTE-
LITO!

COLORÍN Y SU PANDILLA

¡NOSOTROS
SEREMOS
LOS CUA-
TRO TERRORS
PERO
HASTA AHO-
RA NO HE-
MOS HECHO
NADA DIGNO
DE NUESTRO
NOMBRE!

¡HAY QUE
HACER ALGO
TEMIBLE!

¡ALGO
ESPAN-
TOSO!

¡ALGO QUE
LE PONGA LOS
PELOS DE PUNTA
A UNA BOLA
DE BILLAR!

¡ROBEMOS
LA BOTELLA
DE LECHE
A LA SEÑO-
RA PIFA-
NIA!

¡MEJOR
SERIA
ROMPER
UN CRIS-
TALA LA
VENTANA
DEL TIO
CLETO!

¡YO CREO QUE DE-
BERIAMOS ROMPER
TODOS LOS CRIS-
TALES DEL PUEBLO!

¡MEJOR SERIA
QUE ROMPIERA-
MOS TODO EL
PUEBLO!

¡EMPEZARE-
MOS POR RO-
BAR LA BOTE-
LLITA DE LE-
CHE!

¡YO ME
SIENTO
FIERA!

¡PUES VO
ESTOY QUE
BUFO!

¡Y YO QUE
TRINO!

¡CARAY!
¡QUE RUI-
DO ES
ESE!

NA...DA...
UN...PE...E...
RRO QUE LA...
A...DRA...

¡A LO ME-
JOR NO
SABELO
QUE DICE!

¡UNOS BRUTOS
DE CHICOS QUE
LE HAN ATADO
UNA LATA AL
RABO!

¡ESTATE
QUIETO CHU-
CHITO QUE
NOSOTROS
TE LA QUI-
TAREMOS!

¡NO TIENE
NINGUNA
GRACIA ESTO
DE ATARLA-
TAS A LOS RA-
BOS DE LOS
POBRES ANI-
MALES!

¡PARA QUÈ
HABRÀ VE-
NIDO ESTE
CHUCHO!

PARA HA-
CERNOS
LA PASCUA

¡DEJARLO
QUE YA SE
IRA!

¡AY, AY, AY!
¡SE ME HA
CAIDO MI MU-
ÑECA A ESA
CUEVA!

¡BUENO,
NO LLORES
QUE NOSO-
TROS TE LA COGE-
REMOS!

¡YA
ESTA
AQUI!

¡MIRA, NENA,
ESTAMOS ARRI-
ESGANDO LA VI-
DA POR COGER
LA MUÑECA!

¡SOIS UNOS
NENES MUY
BUENOS!

¡SOIS UNOS
ANGELITOS
DE MAZA-
PAN!

¡ATIZA!
¡NOS HA LLA-
MADO ANGE-
LITOS!

¡Y DE MA-
ZAPÁN!

¡YATE
DARÉ
YO A
TÍ!

¡DEJA A ESE
CHICO! ¡NO
TE DA VER-
GUENZA PE-
GAR A UN CHI-
CO MÁS PE-
QUEÑO QUE
TÚ!

¡A ESTE
ME LO
COMO YO!

¡Y COMO VUELVAS
A PEGAR A UN CHI-
CO MÁS PEQUEÑO
QUE TÚ TE DEJA-
MOS SIN NARICES!

¡ANDA PEQUEÑO VETE
Y NO TENGAS MIEDO
A NADIE CUANDO
NOSOTROS ES-
TEMOS DELANTE!

¡PUES SI
QUE ESTA-
MOS HECHOS
LOS CUATRO
TERRORS!

¡NO HACEMOS MAS
QUE COSAS PARA
QUE NOS LLAMEN
ANGELITOS DE
MAZAPÁN!

¡TENEMOS EL CO-
RAZÓN MAS TIER-
NO QUE UN ME-
RENGUE!

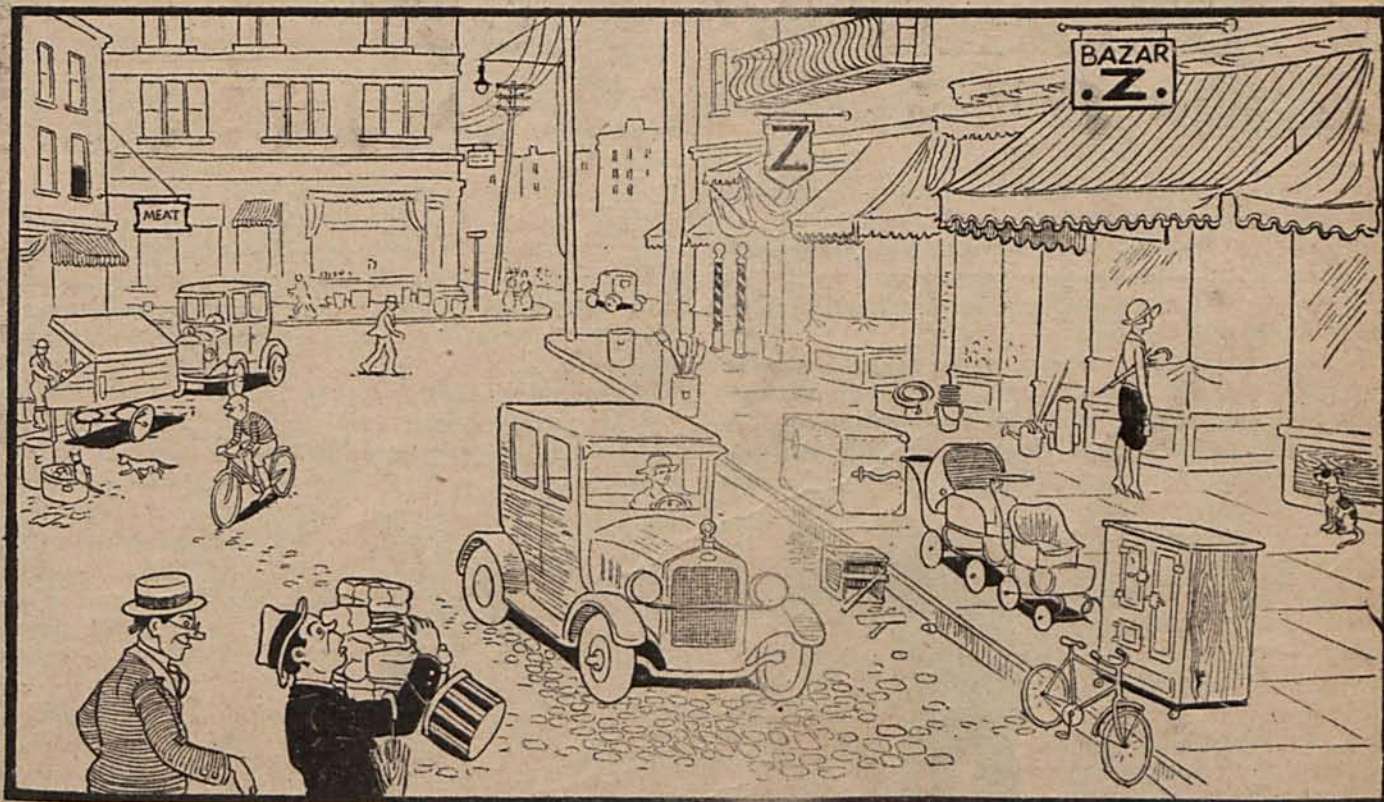
¡Y ESO QUE
ESTAMOS
QUE BUFA-
MOS!

CONCURSO DE PASATIEMPOS

DEL MES DE ENERO DE 1927

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos nuestros suscritores. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los suscritores que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

¿CUÁLES SON LOS ERRORES QUE HAY EN ESTE DIBUJO?



Los errores que hay en este dibujo son quince, y no dudo que vosotros, niños perspicaces, los resolveréis en seguida. Cuando han visto en la Redacción este dibujo no ha faltado quien ha dicho: «Bah! Esta vez no aciertan los Pinochistas los errores de este dibujo.» A esta afirmación yo contesté con una sonrisa, y juré, por mi nariz, que a fin de mes habría en la Redacción más de dos mil soluciones acertadas. ¡Animo, queridos amiguitos! No me dejéis mal. Uno de los errores, por ejemplo, es que al automóvil que hay en primer término le falta el número de matrícula. ¿Cuáles son los otros catorce?

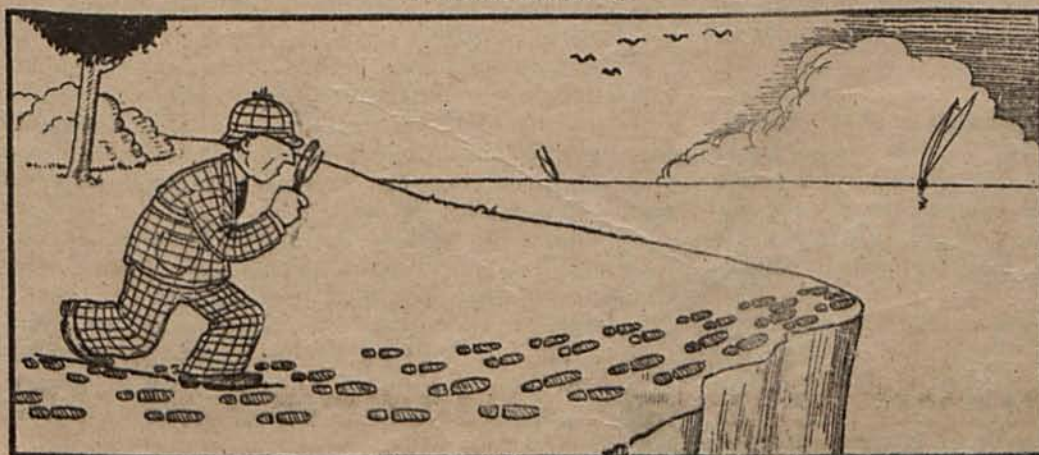
¿DÓNDE ESTÁ EL PELÍCANO?

Los animales celebran su carnaval. Han sacado sus trajes y se han disfrazado. Careta no se ponen, pues no les hace falta. Mas no todo es alegría en estos días de locura. Un pobre pelicano está muy triste, pues no tiene ni un mal sombrero de copa y no puede disfrazarse; por eso está escondido. ¿Sabréis hallarle?



SHERLOCK HOLMES

Problema detectivesco.



He aquí a Sherlock Holmes con una estupenda lupa en la mano examinando unas pisadas. Como veis, estas pisadas son de unos zapatos o botas grandes y otros más pequeños. Unas y otras, me refiero a las pisadas, van en la misma dirección, y todas conducen al borde del precipicio. Holmes, el ilustre detective, está preocupado: ¿Cuántas personas han pasado por aquí? Al llegar al borde del precipicio ¿se han arrojado al mar? Por lo tanto, se trata de un suicidio. ¡Oh, queridos Pinochistas! Hay que aclarar esto. Contestad a estas preguntas. Sherlock Holmes me ha mandado un informe, y en él me explica lo que sucedió; espero que vosotros acertaréis también.



SECCIÓN PIRULA

**CHARLAS DE
PIRULA**

*A las tres..., ¡sale
un pajarito!*

—¿A que no sabes —le dice Carmina a su primo Gustavo— adónde me lleva mamá esta tarde?

—¿Al Polo Norte? ¿A dar una vuelta en aeroplano? ¿A la India? ¿A comprarte un automóvil?

—¡Tonto! Mejor que todo eso: ¡a retratarme! —anuncia triunfalmente Carmina.

Gustavo es todo un caballero, cuyos doce años recién cumplidos inspiran a los cuatro años y medio de Carmina casi tanto respeto como los botones dorados de su uniforme de colegial. Y Gustavo abusa de este respeto para hacerle tragar a la inocentona Carmina unas «bolas» más gordas que las del globo terráqueo en tamaño natural.

El notición de la fotografía ha hecho surgir en la mente del terrible bromista una idea genial, como suya.

—¡Ah! —contesta muy serio—. En efecto, eso de ir a retratarse es algo magnífico, sobre todo porque se ve al pajarito encantado.

Carmina cae en la trampa como una pobre mosca cae en la tela de una pérfida araña.

—¿Qué pajarito es ese? —pregunta.

—¡Tomal, pues el de la máquina de retratar.

—¿Pero en la máquina hay un pájaro?

—¡Ah! ¿Pero no lo sabías? ¿Acaso no te has retratado nunca?

—Sí, una vez, cuando yo «era pequeña»; pero no me acuerdo muy bien.

—Pues mira: después de colocarte frente a la máquina y de decirte que te sonrías, y luego que te estés muy quieta, el fotógrafo contará hasta tres, y entonces saldrá de la máquina un pajarito que tiene las alas de plata y el pico de cristal.

—¡Uy, qué bonito! ¿Y... dices que está encantado?

—Sí; pero no sé si debo darte detalles... Esto es un gran secreto, del que yo me he enterado leyendo un libro antiguo de brujerías.

—¡Ay! Sí, sí; cuenta, cuenta.

—Pues mira, Carmina, ese pajarito es el ave maravillosa de la vida, de la fortuna y de la dicha. Hasta ahora, nadie ha logrado apresarlos, porque apenas dice el fotógrafo «¡A las tres!», el pajarito desaparece volando sin dar tiempo a cogerlo, y no reaparece hasta que se hace otra fotografía. Fíjate, el que lo pillara, ¡qué gusto!

—¡Ay, Gustavo, si yo pudiera cogerlo! ¿Tú no crees que habría un medio?

Gustavo se oprime la cabeza entre las manos y medita largo rato.

—¡Ejém, ejém! —dice, por fin—. No sé..., no sé...

quizá... Se me ocurre que atontándolo en el instante en que sale de la máquina...

—¿Atontarlo? ¿Cómo?

—Vamos a ver... Tú tienes una pistola de salón.

—Sí, ya sabes, la que me ha regalado tito Juan el día de mi santo, con tres flechas con punta de goma y un cartón.

—¿Y tienes buena puntería?

—¡Ya lo creo! Ya ves, a diez pasos, ayer, di en el 65.

—Perfectamente. En ese caso, fíjate bien: te llevas la pistola cargada, y en el preciso instante en que el fotógrafo diga «tres», disparas; cae el pajarito, te lo traes, le hacemos cantar y nuestra es la fortuna, la dicha y la inmortalidad.

—Pero ¿y si luego no quiere cantar?

—No te preocupes; para obligarle poseo yo otro secreto, que consiste en darle a beber un elixir dentífrico en el cual se ha hecho hervir una hoja de basilisco cogida a media noche, una quisquilla con salsa mayonesa, una uña de gato Morronguis, tres pétalos de dalia del Japón y la trenza de una muñeca rubia.

Ante tal lujo de detalles precisos, Carmina queda convencida y satisfecha.

Ya está Carmina con su mamá en la fotografía y, en efecto, todo va aconteciendo según anunció el primo Gustavo.

El fotógrafo —un señor muy amable, que tiene una nariz muy gorda en forma de patata y con color de berengena— ha colocado a Carmina frente al aparato; tras de ocultarse bajo un paño negro y destaparse alternativamente varias veces, como si estuviese jugando a «¡Cucú, trastrás!», lo dice que ladee un poco la cabeza a la derecha, luego otro poco hacia la izquierda, luego que se arregle la lazada de cinta que le sujeta el «kiriki» y le tapa un ojo, luego que piense en golosinas y en el cine

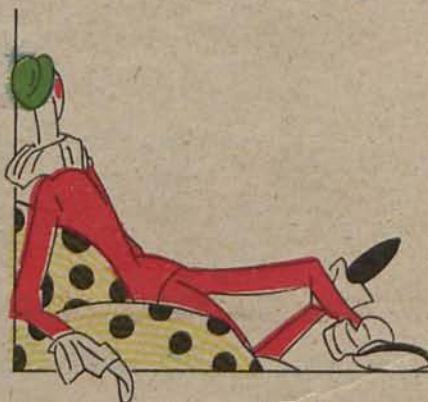
y, por fin, ya llegan las recomendaciones supremas: que se esté quietecita, que sonría y que mire hacia el objetivo, porque «de él va a salir un pajarito».

Y cuenta: a la una, a las dos, a las... ¡tres! ¡Pam! ¡Ay! Un disparo, un grito.

¡Ya lo creo que tiene Carmina buena puntería! Como que si llega a salir el pajarito lo deja más que atontado: tonto de remate. Desgraciadamente, el único atontado es el pobre fotógrafo, que ha recibido la flecha de goma precisamente en el centro mismo de esa patata aberengada que le sirve de nariz.

Depuradas las responsabilidades de esta terrible aventura, el primo Gustavo ha sido reconocido culpable de todo y castigado ocho días sin postre.

Carmina se ha librado del castigo en gracia a ser «una tontona que todo se lo cree»; y bastante castigo tiene la pobre con su desilusión al enterarse de que no existe el maravilloso y fantástico pajarito de las alas de plata y el pico de cristal.



COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE ENERO

Todos los suscritores pueden enviarnos chistes, dibujos, cuentos e historietas para publicarse en esta Sección. Todos los meses se concederán premios importantes a los mejores trabajos publicados.



Don Turulato.
FEDERICO PRUNEDA.
Once años.



Morroguis, de caza.
ARACELI CASAJUS.
Diez años.



Reina mora.
ALICIA MARTÍNEZ.
Catorce años.



Pirula.
CARLOS RIVERA.
Cinco años.



El perro
de Xaudard.
LUIS CASTRO.

¿En qué se parece uno que se ha comido un flan a las notas de música...?
En que se ha re-la-mi-do.
ANTONIO MAZA Y SUETA.
Doce años. Castro Urdiales (Santander).

¿Cuál es la localidad más fija de la plaza de toros?
Pues la anda-nada.
EDUARDO DE ORDUÑA.
Diez años. Madrid.

¿Cuál es el colmo de una cocinera?
Parar la corriente de un río con una espumadera.
RAFAEL DE LARA.
Doce años. Valladolid.

¿Cuál es el colmo de un cocinero?
Hacer una tortilla con las yemas de los dedos.
M.^a CRISTINA MONTERO.
Doce años. Madrid.

La casita encantada.



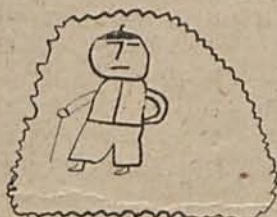
En la concha.
JOSÉ ANGEL ITURRIA.

Erase una vez una casa en medio de un bosque, y que nadie sabía quién la habitaba. En un pueblo cercano vivía un labrador que tenía tres hijos, llamados Pedro, Juan y Mar garita.
El labrador, que se llamaba Isidro, mandó a Pedro que fuera al bosque a enterarse de quién habitaba dicha casa.
Cuando partió, al penetrar en el bosque oyó una voz que decía:
—¡No mires para atrás!
Pero como era curioso, miró, y quedó convertido en flor.
Al enterarse el padre mandó a Juan, al cual le pasó lo mismo que a su hermano.
El padre ya no quiso mandar a su hija; pero ésta se lo suplicó y él accedió.
Lo primero que hizo Margarita fue elevar una plegaria a Dios. Después montó en un borriquito y se fue.
Al pasar por donde sus hermanos oyó la misma voz, después unos golpecitos en la espalda y más tarde unos gritos de angustia.
Al penetrar en la casa oyó ruidos extraños. En una habitación vió un mono, que se le tiró al cuello. Al querer desembarazarse de él, el mono se convirtió en un príncipe, quien le dijo que había sido encantado por una bruja, y que mientras no fuera una mu chacha en su busca sin volver la cabeza, habría seguido siendo mono.
Margarita vió una regadera con agua, y como su ilusión eran las flores, se puso a regarlas, y éstas se convirtieron en personas, entre las que estaban sus hermanos.
El príncipe se casó con ella y vivieron muy felices.

MARÍA DOLORES CHORRO.
Once años. Madrid.



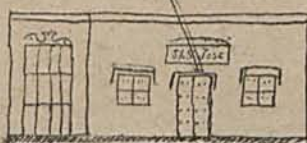
Perfil de mujer.
VÍCTOR FERNÁNDEZ.



Un «paleta».
CARMEN URRUTIA.
Diez años.



Buena parada.
JOSÉ BAQUÉ.
Quince años.



El colegio de San José en Ceuta.
E. GARCÍA.
Once años.



Un paisaje de marina.
M. MIGUEL.
Diez años.



Mi caballo castaño.
V. F.—Doce años.

Los tres monstruos.

El rey Narciso I amaba extraordinariamente a su hija Lidia, niña de doce años, pero extraordinariamente bella. Próximas las Pascuas, le dijo una mañana al besarle la mano y darle los buenos días:

—Vamos a ver, mi querida Lidia, ¿cuántos huevos quieres que tenga la torta que pienso regalarle para estas solemnes fiestas?

—No quiero más que uno, padre —contestó la niña—; pero que sea hecho con todos los que hay en tu reino, pues yo creo que siendo princesa no es justo que los demás niños tengan nada de lo que yo tengo. ¿No es verdad, papá?

—Está bien —dijo el rey—; yo satisfaré tu deseo.

Y en seguida el rey dió orden para que se recogieran de las confiterías todos los huevos que se hallaran en el reino.

Los niños vieron con tristeza cómo se llevaban los huevos, de color de rosa unos, y otros azules, hacia el palacio del rey. El confitero de su majestad hizo de todos ellos uno solo, cuyo peso y tamaño era incalculable, y el cual fué entregado a la pequeña princesa. Y uno de los más corpulentos guerreros lo abrió de un hachazo, y ya la egoísta Lidia se disponía a comérselo, cuando vió salir del interior tres canibales fantásticos, parecidos a monstruos.

La niña retrocedió llena de espanto y cayó enferma. Al día siguiente vino el médico y le dijo que no se curaría como no se despojara de aquellos animales. Ella preguntó que qué era aquello, y le dijeron que era Gula, Orgullo y Egoísmo.

La lección no fué inútil, pues inmediatamente mandó hacer muchos huevos y ella misma los repartió. Y desde entonces se ha vuelto buena y caritativa con los pobres.

Colorín colorado,
este cuento se ha acabado.

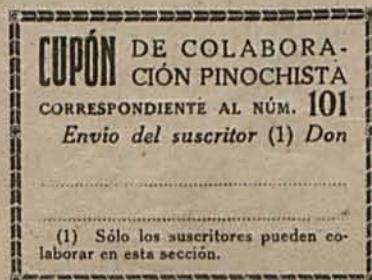
GABRIELA R.—Trece años.



Dibujo dedicado a mi
abuelita.
AURORITA CARRASCO.
Diez años.



Pinocho, recluta.
JUANITA MUÑOZ.
Doce años.



Una guitarra.
SALVADOR RIVERO.
Siete años.



Un faro.
V. TACÓN.
Diez años.



Un gitano.
LUIS CACHO.
Siete años.

VIDA PINOCHISTA

Publicamos en esta Sección retratos, noticias y, en general, asuntos personalmente relacionados con los Pinochistas. Por medio de ella los amigos de PINOCHO pueden entablar comunicación entre sí, sea en demanda de alguna cosa determinada o simplemente para ofrecer correspondencia, de la que puede surgir una distracción honesta, un ejercicio útil y acaso el tesoro sin precio de una buena amistad.

Insertamos a continuación algunos ejemplos de las comunicaciones que pueden enviarnos los Pinochistas para que las publiquemos en esta Sección:

Luisa M. Calle de Coruña, desea cambiar con otros Pinochistas fotografías de su país por fotografías de otras regiones de España y de América para hacer un álbum que contenga reproducciones de todos los lugares donde se habla español.

Alvaro R., Domingo J. y Antonio L., desean formar un *once* de fútbol con Pinochistas de Madrid. Diríjanse las adhesiones a

Pedro R. Calle de Sevilla, tiene interés en saber cómo se llama un cuento en el que una Princesa se convierte en estrella,

y luego en lluvia, y luego en flor. ¿Habrá algún Pinochista que se acuerde y se lo diga?

Ramón A. Calle Buenos Aires, busca un Pinochista de su edad (15 años) que le escriba cartas, una vez al mes, contándole cosas de su vida y de su país. Al cual le contestará puntualmente con relatos de la suya y de Argentina.

Mari Blanca H. Calle de Toledo, desea escribirse con una Pinochista colombiana, salvadoreña o costarricense.

Estos no son más que ejemplos indicadores de las diversas direcciones en que los Pinochistas pueden utilizar esta Sección, que está abierta a todos y es gratuita. Lo que habéis de recordar es que las comunicaciones tardarán en publicarse unos tres meses, *cuando no haya aglomeración*.

Así que después de publicarse un par de veces esta invitación que hoy os hacemos, pasarán muchas semanas antes de que volváis a ver esta Sección en el semanario: el tiempo necesario para que recibamos vuestras comunicaciones y hayamos podido publicarlas.

* * *

UN HIMNO PINOCHISTA.—La entusiasta Pinochista Aurorita Carrasco, de Barcelona, nos envía para que lo publiquemos este himno que ha compuesto, adaptando una letra original a la música del *Canto a la Bandera*.

HIMNO A PINOCHO

Maestoso.

Pinocho, aventurero, muñeco de madera, tú vas con la hidalguía siempre por compañera. En tierra, mar y aire dejaste una hazaña, y no hay niño que ignore que vives en España. Por tu valor de siete, que ensalza tu figura, venciste a Chapete defendiendo a Pirula. Admite, gran muñeco, notable equilibrista, el himno, que es el canto de todo Pinochista.

LETRA DEL HIMNO

Pinocho, aventurero,
muñeco de madera,
tú vas con la hidalguía
siempre por compañera.

En tierra, mar y aire
dejaste una hazaña,
y no hay niño que ignore
que vives en España.

Por tu valor de siete,
que ensalza tu figura,
venciste a Chapete
defendiendo a Pirula.

Admite, gran muñeco,
notable equilibrista,
el himno, que es el canto
de todo Pinochista.

Barcelona. AURORITA CARRASCO. Diez años.





¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—¿Qué te pasa hoy, curioso Chonón, que traes esa cara tan compungida?

—He tenido unas palabrillas con un chico y me ha llamado bruto. Este insulto me ha ofendido mucho, y ya sabes que yo no puedo disimular. Lo mismo cuando estoy alegre que cuando estoy triste, se me nota en la cara, ¿verdad, amigo buho?

—Así es.

—Y yo creo que no merezco que nadie me llame bruto, ¿no te parece?

—Desde luego.

—Y como no lo merezco, no te extrañará que esté desconsoladísimo; ¿a quién se le ocurriría inventar semejante palabra?

—¡Vete a saber!

—Tú, que eres tan sabio, debes saberlo todo. No creo que no sepas de dónde viene esta palabra, de uso tan corriente en el trato de confianza.

—Yo sé que viene del latín, que se empleaba en tiempos de Roma con el misinísimo significado que ahora tiene entre nosotros; pero lo que no sé es cómo se llamaba el señor que la inventó. Es más: sé que la palabrita la hizo célebre un cónsul romano.

—Pues eso, eso es lo que yo quiero saber hoy. ¿Quién fué ese cónsul?

—Ese cónsul fué un noble romano que se llamaba Lucio Junio, a quien el pueblo conocía con el sobrenombre de Bruto.

—¿Qué bruto sería el pobre! ¿Verdad?

—Te diré, amigo Chonón. Hay que hacer un poquito de historia para que tú mismo, después que conozcas los hechos, juzgues la propiedad con que le fué aplicado este sobrenombre.

—Soy todo atención, querido buho.

—Uno de los reyes de Roma, el sexto después de Rómulo, fundador de la gran ciudad, fué Tarquino el Soberbio. Los romanos le aplicaron este calificativo de Soberbio porque, haciendo abuso de su poder, no se preocupaba para nada del bienestar y prosperidad de su pueblo. Toda su ambición era acrecentar sus propias riquezas y sacrificar al pueblo para conseguir el bienestar suyo.

—Era un ambicioso.

—Y un soberbio; porque, sin otra razón que la del temor de verse destronado, quitaba de en medio a todos los hombres que destacaban por su inteligencia y capacidad. Entre los nobles romanos figuraba Lucio Junio.

—¿Ese que me has dicho que llamaban Bruto?

—El mismo. Este noble tuvo el gran talento de aparentar ante el rey Tarquino una necedad y una torpeza que no eran ciertas.

—No era tan bruto como parecía, ¿verdad?

—No me interrumpas. Por ser torpe y necio mereció gran confianza del monarca. No sospechaba que en Bruto tenía su más peligroso enemigo. Un día el rey Tarquino mandó a Bruto que acompañase a sus dos hijos para que consultasen al oráculo acerca de su porvenir. Llegaron al templo, y los niños preguntaron: «¿Quién reinará en Roma después de nuestro padre?» A lo que el oráculo contestó: «El primero de vosotros que dé un beso a su madre». Salieron del templo, y Bruto, fingiendo torpeza, como siempre, dió un tropezón y cayó al suelo; pero lo hizo de intento.

—No comprendo.

—Al caer dió un beso a la tierra, que es la madre de todos.

—¿Sabes que no tenía nada de bruto el tal Lucio?

—En otra ocasión, uno de los hijos de Tarquino ofendió y hurtó en público a Lucrecia, la esposa de un noble romano. Esta pobre mujer no pudo sobrevivir a la vergüenza del insulto, y delante de varios nobles, entre los que estaban su propio padre y Bruto, se suicidó clavándose un puñal en el corazón.

—¡Qué hermoso ejemplo de abnegación y estoicismo!

—Desde aquel momento, Lucio Junio dejó de aparentar la necedad y la torpeza que tenía por costumbre. Indignado por aquel crimen, se convirtió abiertamente en el más terrible enemigo de Tarquino y de sus hijos.

—Hizo bien.

—El pueblo y el ejército romano, que estaban hartos de la conducta de su monarca, se pusieron al lado de Lucio Junio y se sublevaron contra Tarquino.

—Muy bien hecho.

—El rey y sus hijos tuvieron que huir y abandonar su poderío en Roma. Los romanos juraron no volver a proclamar más reyes, y nombraron para que les gobernaran a dos cónsules, uno de los cuales fué Bruto. Los pocos partidarios que le quedaron a Tarquino intentaron, no obstante, restaurar la monarquía, y entre los conspiradores figuraban dos hijos del mismo Bruto.

—Sigue, que ahora es cuando más me interesa conocer la conducta de ese hombre. Me traes a la memoria el caso de Guzmán el Bueno, que consintió el sacrificio de su hijo antes que entregar la plaza de Tarifa.

—Pues lo mismo exactamente hizo Bruto con sus hijos.

—¡Qué horror!

—Pudo más en Bruto el recto concepto de justicia que el amor paternal, y los condenó a muerte. Los hijos le imploraron perdón, le suplicaron, le destrozaron el corazón...; pero nada consiguieron. La severa justicia se cumplió, e hizo llevar los cadáveres de sus hijos a su presencia y a la del pueblo romano, para ejemplaridad de todos.

—Da frío pensar en estas escenas de crueldad, querido buho.

—Lo mejor es no pensar nunca en ser traidor, ¿no te parece?

—Naturalmente. Si aquellos hijos no hubieran pensado nunca en ser traidores, no hubieran dado lugar a su padre a tomar una resolución tan terrible.

—Ya tienes, pues, explicada la celebridad de Bruto.

—Y quedamos en que bruto significa torpe o incapaz.

—Eso es.

—¿Y ese chico que me ha llamado bruto sabrá la historia que acabas de contarme?

—Ten por seguro que no la sabe.

—Pues entonces estoy tranquilo, porque si él me ha llamado torpe y no sabe lo que yo sé, resulta que él es más torpe que yo, ¿no te parece?

—No me parece mal el consuelo. De todos modos no debes ofenderte, porque al fin y al cabo son cosas de chicos. Tú algo le habrás llamado también, ¿verdad Chonón?

—Yo le dije que tenía toda la cara de Chapete.

—Entonces no debes quejarte. Anda con Dios.



UN BILLETE COMO ÉSTE
DE
20 DURAZOS
ES EL TERCER PREMIO
DEL
TERCER GRAN SORTEO
DE REGALOS PARA MIS
SUSCRITORES



CORRESPONDENCIA



Pinochistas queridísimos: Una vez más tengo que recordaros que uno de los detalles más importantes, cuando se escribe una carta de la que se espera contestación, es... decirle al destinatario de quién es. Alguno de vosotros, confiando, sin duda, en mis dotes de adivinación, me envían cartas sin firma, sin membrete y sin indicación ninguna de procedencia. Me declaro vencido en este caso, pues no me es posible contestarles sin saber de quien son. Otros ponen su nombre, pero no indican su dirección, ni siquiera el pueblo desde donde escriben. Ejemplo de esto último son dos cartas recibidas el día en que escribo estas líneas, firmadas una por Gonzalo Aguado y otra por Joaquín Floriano. Si mis buenos amigos Gonzalo y Joaquín me dicen desde dónde me escriben, tendré mucho gusto en contestarles.

José Alemany y López.—Me has enviado un precioso retrato mío y me pones en el desagradable trance de no poder publicártelo. Lo has hecho a lápiz y en colores, y esto me imposibilita para reproducirlo. ¡Cuánto lo siento, simpático Pepito! En lo sucesivo haz los dibujos sin color y con tinta, y tendré mucho, muchísimo gusto en que aparezcan en las columnas de mi Revista. Te envío un abrazo muy apretado.

José Antonio Eguleta, Antonio Ruiz y Milagros Fernández.—Comprendo perfectamente que no entendáis lo que quiero decir el 25 por 100 (veinticinco por ciento) que se ofrece como rebaja en los vales para que los suscritores puedan comprar libros más baratos que los demás. El 25 por 100 es igual a la cuarta parte; es decir, que al hacer un pedido de libros tendéis que restar de la suma total la cuarta parte de la misma. Para saber cuál es la cuarta parte (o sea el 25 por 100), podéis dividir el total entre cuatro; el cociente será la cuarta parte. Otro procedimiento es multiplicar la cantidad total por 25 y el cociente dividirlo por 100. Y aún tenéis otro procedimiento: la cuenta de la vieja, o sea quitar una peseta de cada cuatro. De modo que si, por ejemplo, hacéis un pedido que vale 100 pesetas, con el vale de suscriptor no tendréis que enviar más que 75 pesetas, porque la cuarta parte (o sea 25 por 100) se rebaja gracias al vale de suscriptor. Si el pedido es de 10 pesetas, tendréis que enviar solamente 7,50, y así sucesivamente. Siempre a vuestras órdenes.

José Luis Sanz y Pedro Bériz.—Tengo que recordaros que sólo pueden tomar parte en los Concursos de «Colaboración Pinochista» y de «Problemas y Pasatiempos» los suscritores a mi Revista. Yo bien quisiera no hacer preferencias entre unos y otros; pero tengo que favorecer a los que me favorecen, ya que sin suscritores no podría vivir mi semanario inmortar, colosal y sin igual. Un abrazo a cada uno.

Antonio Coloma.—En mi contestación a José Luis Sanz y Pedro Bériz está explicado lo que quieres saber. Mi semanario se sostiene gracias a los suscri-

tores. No puede, pues, extrañarte que les esté agradecido. No estarlo sería una chapetada. ¿No te parece?

Araceli Casajús.—Recibidos tus dibujos, que entran en turno. Morronguis se hubiera enfadado mucho contigo, o no ser por el succulento ratón que le has puesto delante. Dice que es el primer ratón que ha visto en sus siete vidas, y te suplica le digas dónde hay ratones de carne tan exquisita como éste con que tú le has obsequiado, para ir a por ellos. Lleva relamiéndose los treinta días que hace que se lo comió. Excuso decirte que me encarga te envíe una tonelada de gracias y otra de abrazos.

César F. Luengo.—Bien, muy bien, queridísimo César. Me han gustado muchísimo tus estupendos dibujos. Ahora a esperar, hasta que les toque su turno. Tuyo siempre.

María Teresa Urrutia.—Tu cuento me ha conmovido. Veo, linda Pinochista, que has interpretado tal y como son mis sentimientos de afecto, mi simpatía, mi cariño entrañable por mis amigos Pinochistas. A juzgar por tu cuento, veo también, satisfechísimo, que correspondes a mi amistad con la inquebrantable afirmación de la tuya. Ser buenos amigos es un tesoro de valor inapreciable. Por esto comprenderás cuánto estimo tu precioso cuento. Irá a su tiempo en mi Revista. ¡No faltaba más! Cariñosísimos abrazos de Anita, Laura y Pirula.

Pinocho

*Vale por una rebaja
del 25 por ciento a favor
de mi amigo y suscriptor
Don..... (1)*

Pinocho

Todo suscriptor a PINOCHO que compre libros en la Editorial «Saturnino Calleja», S. A., obtendrá, presentando este vale, una rebaja del 25 por 100, o sea la cuarta parte del precio, o sea una peseta de cada cuatro que importe su pedido.

(1) Escribese aquí el nombre del suscriptor. No siendo suscriptor, no se puede usar este vale.

DE LA COLECCIÓN Cuentos de Calleja en Colores PRIMERA SERIE



Precio 6 pesetas.

La EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., calle de Valencia, 28, Apartado 447, Madrid, remite a toda España y América éstas y todas sus publicaciones a quien las pida, enviando su importe, más 0,75 pesetas para gastos de envío certificado.

Si eres buen amigo de Pinocho, envíale hoy este BOLETÍN DE SUSCRICIÓN

D., que vive en (Población.)

..... se suscribe a PINOCHO

(Calle.) (Provincia.)
por (1)

UN AÑO	cuyo importe de	20 pts.	remite a la Administración de
UN SEMESTRE		10 pts.	
UN TRIMESTRE		5 pts.	

 (C. de Valencia, 28. Madrid.)

PINOCHO en (2) a contar desde el próximo número.

En a de de 192.....
(Población.)

FIRMA:

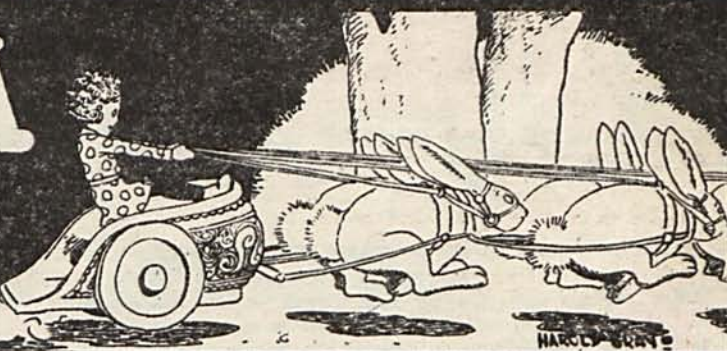
(1) Bórrase lo que no convenga.

(2) En lo que sea. Puede ser Giro postal, valores declarados, cheque, sellos (en tiras, no sueltos), etc. Muchas repúblicas americanas tienen establecido el Giro postal con España.



ANITA

BUEN-CORAZON



ESTO DE TENER LAS PIERNAS IMPEDIDAS ES MUY TRISTE, PERO MUCHO PERO ME CONSUELA PENSAR EN ESE POBRE HOMBRE QUE DICEN QUE ANDA POR AHÍ SIN CABEZA Y QUE NI VE, NI OYE, NI ENTIENDE.



AQUÍ, EN MEDIO DE MI DESGRACIA, SOY FELIZ. TENGO JUGUETES, LIBROS, COMODIDADES Y CERCA DE CINCUENTA CRIADOS QUE SOLO ESPERAN MIS ORDENES.



¡CARAY! ¿QUIÉN LLAMARÁ? ¿SERÁ VISITA? ¡PARECE VOZ DE SEÑORA!



¡LA SEÑORA CONDESA DE AGUAFIESTAS!



¿DE MODO QUE TU ERES ANITA? ¡VAYA... VAYA! DESDE QUE SUPE LA TERRIBLE DESGRACIA QUERÍA VENIR A CONSOLARTE. ¡QUÉ LÁSTIMA! ¡TAN JOVEN! ¡TAN BONITA! ¡QUÉ PENA!



¡Y PENSAR QUE YA NUNCA PODRÁS VOLVER A ANDAR! ¡ES DESESPERANTE! ¡NO SÉ COMO LO SOPORTAS! Y ES QUE DICEN QUE PUEDE SER QUE TE CURES



PERO SIEMPRE DICEN ESO. YO TENÍA UNA TIA QUE ESTABA IGUAL QUE TU, Y DESPUÉS DE MUCHO SUFRIR ACABÓ MURIÉNDOSE ¡HAY QUE VER MI TIITA, LA POBRE!



PERO TIENES QUE ANIMARTE Y NO PENSAR EN ELLO. ¡QUE SE LE VA A HACER!... ¡PACIENCIA!... ¿SUERIRÁS MUCHO, VERDAD?

..NO... NO, SEÑORA...



BUENO, ANITA, YO SIENTO MUCHO TENER QUE IRME Y DEJARTE SOLITA OTRA VEZ. PERO NO TE APURES QUE YO VENDRÉ MUY A MENUDO PARA DARTE ANIMOS. ¡HAY QUE CONSOLAR AL TRISTE! ESE ES MI LEMA.



¡CARACOLES! ¡QUE SEÑORA MÁS ALEGRE! ¡PARECE UNAS CASTAÑUELAS! ¡Y DICE QUE VA A VENIR A MENUDO! ¡CARAY CON LA CONDESA DE AGUAFIESTAS!



ES PARA REIRSE ¿VERDAD, PELUCHO? ES, LA POBRE, DE ESA CLASE DE PERSONAS QUE GOZAN CON LA DESGRACIA DE LOS DEMÁS...



BUENO... DESPUÉS DE TODO HA VENIDO A VERME Y ESO ES LO PRINCIPAL. Y SE HA DIVERTIDO MUCHO DICENDO TONTERIAS, PORQUE LA POBRE ES TONTA ¿NO TE PARECE?

ASI EMPIEZA "CHAPETE INVISIBLE"

(De la estupendísima SERIE PINOCHO CONTRA CHAPETE que ha hecho universalmente famosos al incomparable muñeco de madera y a su astado rival de trapo.)

I

EN EL QUE SE DA A CONOCER UN PUEBLO VERDADERAMENTE DICHOSO



ISLA Feliz era, sin duda alguna, el país más encantador del mundo. Su nombre le caía como anillo al dedo, porque en aquella Isla privilegiada todos eran felices a cual más. Desde el Rey al último pastorcillo pasaban su vida contentos, sin sobresaltos, cantando, riendo y gozando de un constante bienestar. Los niños eran todos buenos, aplicados, estudiosos y obedientes. Así, todo el mundo los quería, y los maestros, en vez de tener que castigarlos, se veían obligados a darles bombones y libros de «Cuentos de Calleja» en recompensa por su aplicación y su bondad.

En aquel país nadie disputaba, nadie tenía envidia de nadie, todos se querían como hermanos y todos tenían lo suficiente para comer. En una palabra: allí no se conocían las penas.

El Rey de Isla Feliz era un señor bondadoso y bonachón, con una gran barba blanca y una sonrisa constante en los labios. Se llamaba Pedro; pero como era muy campechano, sus súbditos le llamaban «El buen Rey Perico». El buen Rey Perico tenía dos grandes pasiones: coleccionar galápagos y jugar a los bolos. En verdad, más que pasiones eran chifladuras; porque desde que se levantaba hasta que volvía a acostarse, se pasaba el día, ora entre sus galápagos, ora jugando a los bolos. En cuanto a galápagos, los tenía de todos los países y de todos los colores, y llenaba el Palacio Real desde el Salón del Trono hasta las Caballerizas. Entre ellos tenía un favorito: un galapaguito pequenín, que había adquirido en el Japón y que había hecho pintar de rojo, al que había puesto el nombre encantador de *Cariñín*.

Cariñín comía con Su Majestad en la mesa, y no se separaba ni un momento de su augusto dueño, que le mimaba y le acariciaba constantemente.

Por las tardes, el buen Rey Perico se dedicaba por completo a jugar a los bolos con el Presidente del Consejo de Ministros y con el gran Chambelán. De los negocios de Estado nadie se ocupaba; no sabemos si el pueblo, que era feliz, no necesitaba que lo gobernasen, o si precisamente porque no le gobernaban era feliz.

El buen Rey Perico, que era viudo, tenía un hijo: el Príncipe Periquín, que era el Príncipe más encantador que podéis imaginaros. Tenía diez años. Era guapo como un sol y más listo que los siete sabios de Grecia juntos. ¿Sabéis por qué era tan listo? Pues porque desde pequenito su afición predilecta era leer y leer, y sabido es que todo niño que lee mucho en buenos libros acaba por ser un niño de provecho, como le ocurría precisamente al Príncipe Periquín.

Y todos, todos en la Isla Feliz adoraban al buen Rey Perico y al Príncipe Periquín. Bien es verdad que allí nadie aborrecía a nadie y todo el mundo se llevaba perfectamente, hasta tal punto que sólo se recordaba que hubiese habido una riña, hacía muchos años, entre dos vecinos. Y tan mala impresión dejó aquello, que en la Isla Feliz se conmemoraba todos los años el aniversario de aquel desagradable acontecimiento poniendo la bandera a media asta y cerrando el comercio sus puertas.

Nada; todos eran buenos y cariñosos. Los sastres no se incomodaban si no les pagaban las facturas, los cocheros eran finos y bien educados, los guardias se dedicaban a hacer solitarios, construcciones o a sacar charadas y acertijos, porque los pobres no tenían nada que hacer y se aburrían.

Y así la vida se deslizaba dulce y tranquila en la Isla Feliz. Hasta que un día...

II

EN EL QUE EL BUEN REY PERICO JUEGA UNA PARTIDA DE BOLOS



ERAN las cuatro de la tarde y, como era natural, el buen Rey Perico se hallaba jugando a los bolos. Con él jugaba el Gran Duque Wladimiro, un Gran Duque ruso que había venido desde el Cáucaso, atravesando mares y cordilleras, para jugar con Su Majestad una partida de bolos.

Como la partida era en extremo interesante (téngase en cuenta que el Gran Duque Wladimiro era el primer jugador de bolos en Rusia), en la bolería se hallaba casi toda la Corte. Las damas chupaban pirulis, cosa que estaba muy de moda en el país.

—A Vuestra Majestad le toca —dijo reverentemente el Gran Duque, ofreciendo al Rey una bola.

El buen Rey Perico dejó sobre el almohadón de terciopelo carmesí a su galapago *Cariñín*, no sin haber depositado antes un amoroso beso en su pulida concha, y cogiendo la bola que le ofrecían, apuntó cuidadosamente, la lanzó y ¡purrrum, pun, pual... tiró los diez palos de una vez.

—¡Bravo! ¡Bien! —exclamaron los caballeros entusiasmados.

—¡Admirable! ¡Soberbio! —gritaron las damas, para lo cual hubieron de quitarse los pirulis de la boca.

El buen Rey Perico reventaba de orgullo y satisfacción, y ofreciendo, a su vez, una bola a su huésped, dijo:

—Ahora te toca a ti, Gran Duque; a ver cómo lo haces.

El Gran Duque Wladimiro cogió la bola, la contempló unos segundos con la misma atención que hubiera contemplado un monumento histórico, enderezó su alta estatura, apuntó con cuidado minucioso, la lanzó y... ¡nada!, la bola fué a parar a diez metros de distancia de los palos sin derribar ninguno. La Corte guardó un silencio cortés.

El Gran Duque Wladimiro tenía una cara larga, muy semejante a la de una cabra; en aquel momento se le alargó más aún, y su semejanza con el dulce animalito referido se acentuó considerablemente.

—¡Qué raro! —exclamó el ruso—; esto no me había ocurrido nunca.

En aquel instante la puerta del recinto se abrió de par en par, ante el asombro de todos los presentes, que sabían que estando el Rey allí nadie hubiera osado entrar sin previo anuncio. Pero, ¡cosa más extraña aún!, la puerta quedó abierta sin que, al parecer, nadie hubiese entrado.

—¿Qué es eso? ¿Quién ha abierto esa puerta? —preguntó Su Majestad.

—Señor —contestó el alabardero que junto a ella se hallaba—, no se ve a nadie, la puerta se ha abierto sola.

—Bueno, pues ciérrala y que no se vuelva a abrir —ordenó el Rey.

La puerta se cerró y la partida continuó su curso. Ahora le tocaba al Rey volver a tirar. El mismo eligió la bola que le pareció más a propósito, volvió a apuntar, y cuando se disponía a lanzarla notó, con el asombro que podéis suponer, que la bola en cuestión se le escapaba de la mano como si alguien se la hubiese quitado. Y todos los presentes pudieron ver que la bola, sola, se volvía a colocar en su sitio.

El buen Rey Perico se quedó con la boca abierta y los ojos más redondos que dos bolas de billar. El asombro entre los presentes fué tan grande que a todas las señoras se les cayeron los pirulis de la boca y todos los caballeros se quedaron como quien ve visiones.

—¿Qué broma es ésta? —dijo el Rey, frunciendo, por primera vez en su vida, su augusto entrecejo.

Y decidido a acabar con aquel misterio, cogió otra bola y se dispuso a lanzarla contra los bolos; pero antes de que hubiese podido lanzarla, los diez palos cayeron al suelo sin que nadie los hubiese tocado. Aquello parecía cosa de brujería.

El buen Rey Perico se restregaba los ojos y se preguntaba si estaría soñando.

La Corte se miraba asustada, sin comprender cómo podía ocurrir cosa tan fantástica, y el Gran Duque Wladimiro sacaba apresuradamente una Guía de Ferrocarriles del bolsillo y consultaba la hora de salida de los trenes para Rusia. Tan asustado estaba que se le había olvidado que se hallaba en una isla y que de allí sólo salían barcos. Afortunadamente, en aquel momento el Gran Chambelán vino a anunciar al Rey que la mesa estaba servida. Se trataba nada menos que de un banquete de gala que el buen Rey Perico daba en honor del Gran Duque Wladimiro, y al que debía asistir toda la Corte.

Gracias a este incidente, la atención se desvió de los misteriosos acontecimientos; el que más y el que menos tenía cierto apetito.

—Vaya, dejemos esto para mañana y vamos a lavarnos las manos y ¡a la mesa! —dijo el buen Rey Perico, que había recobrado su buen humor.

Y todos salieron relamiéndose ante la idea del succulento banquete que les aguardaba.

Porque habéis de saber que en el Palacio Real de Isla Feliz es el sitio del mundo donde se come mejor. Recuerdo precisamente ciertos calamares en su tinta que comí una vez allí...

Si quieres leer la preciosa continuación de esta estupenda aventura y no la encuentras en tu librería, escribe a la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA». S. A., calle de Valencia, 28, MADRID, pidiendo que te envíe CHAPETE INVISIBLE, y remitiendo su importe (1,50 pesetas), y lo recibirás inmediatamente aunque vivas en América.